

LA PERSONA Y SU MUNDO: LA CULTURA, LA MORAL, EL DERECHO Y LA SOCIEDAD FAMILIAR Y POLITICA

II

LA CULTURA

4. - Introducción

Para comprender mejor el ámbito y el alcance de la cultura, conviene distinguir entre el mundo natural y el mundo de la cultura.

El mundo natural es el que Dios ha hecho sacándolo de la nada y que contiene todos los seres materiales e incluso el hombre, tal cual es hecho por Dios. En cambio, el mundo de la cultura es el mundo creado por el hombre, no desde la nada como el mundo natural, sino sobre el mundo natural.

Con su inteligencia y su voluntad y con los instrumentos necesarios el hombre actúa sobre el mundo natural para transformarlo con sus fines y lograr de él nuevos bienes, tanto en el aspecto material como en el aspecto espiritual.

La cultura, en este sentido, es una imposición que el espíritu humano logra colocar sobre el mundo natural, para humanizarlo y ponerlo a su servicio. Pongamos un ejemplo, Italia es un mundo natural hecho por Dios. Pero el hombre lo ha transformado con la cultura: con la agronomía, la ganadería, ha transformado su suelo y lo ha poblado de pueblos y ciudades, de tal manera que actualmente no hay un lugar de Italia que no esté transformado por la cultura. El mundo natural se ha transformado en un mundo cultural. Y no sólo en lo material, sino también en lo científico, en la creación de nuevas máquinas, nuevos métodos científicos y nuevas casas superiores de estudios que han hecho de Italia unos de los países más progresistas del mundo.

Conviene advertir, sin embargo, que no todos los aspectos de la cultura van siempre en crecimiento y progreso. Sólo los aspectos materiales, técnicos y científicos son los que avanzan sin cesar. En este sentido, el avasallamiento cultural del mundo material es impresionante, crece sin medida.

En cambio, en otros aspectos artísticos y morales, este crecimiento cultural no siempre va parejo con el anterior, incluso hay descensos.

Lo importante para entender lo que sigue es haber distinguido

entre el mundo natural, tal como Dios lo ha hecho y el mundo cultural, que es la transformación de ese mismo mundo en lo material y en lo espiritual, realizado por el hombre desde su espíritu mediante su inteligencia y su voluntad y los instrumentos que utiliza sobre el mundo material.

5. - La noción de cultura

De todos los seres mundanos únicamente el hombre es capaz de cultura. Cultura, del verbo latino colo, colui, cultum, significan lo cultivado, lo desarrollado. La cultura es la transformación de las cosas y de la propia actividad y ser personal para impregnarlos con los fines o valores propios del espíritu: es una penetración transformadora del espíritu humano en las cosas y en la propia actividad de la persona.

Por eso, cultura y humanismo son sinónimos: los dos significan penetración y transformación humana de las cosas y del propio hombre, en función de los valores correspondientes.

Por eso, cuando en el decurso de este trabajo hablamos de fines o bienes, éstos deben entenderse como los valores correspondientes a cada sector de la cultura.

El bien es la bondad realizada en un sector. En cambio el valor es este mismo bien en cuanto debe realizarse. Por eso, cuando hablamos de bienes en la cultura deben entenderse como los valores correspondientes que deben realizarse en cada sector. El valor es el bien concebido abstractamente, como esencia; que luego se concreta en un bien determinado.

6. - Los sectores de la cultura

En la vida espiritual humana podemos distinguir tres sectores ascendentes: 1) el del hacer, 2) el del obrar y 3) el del contemplar.

La cultura actúa sobre estos tres niveles del espíritu para transformarlos con la realización de los valores correspondientes e impregnarlos así de humanismo.

7. - La cultura del hacer

El hacer es la actuación del espíritu sobre las cosas materiales para imprimir en ellas la realización de los valores correspondientes de utilidad y belleza.

La cultura del hacer consiste en transformar esa actividad con el hábito, que Aristóteles y Santo Tomás llamaban arte, y que hoy pode-

mos distinguir en él dos aspectos: el de la técnica y el del arte propiamente tal.

La técnica es el hábito que enriquece el espíritu del hombre —su inteligencia y su voluntad— para hacerlo hábil para transformar las cosas a fin de hacerlas útiles o más útiles.

Aun dentro de la técnica podemos distinguir la artesanía, que actúa con las manos o utensilios elementales para lograr que las cosas sean más útiles. Aunque se ubica en el grado más elemental de la cultura del hacer, tiene la ventaja de una mayor intervención del espíritu humano en sus productos, y de la técnica propiamente tal.

Modernamente la artesanía ha sido superada por los medios superiores de la técnica estrictamente tal, transformados para una mayor y más perfeccionada producción. Esa técnica se ha logrado con la intervención de las máquinas. Y como éstas se van perfeccionando continuamente, unas con otras, así también crece en extensión y calidad la utilidad por ella lograda. Sus productos son cada vez más perfectos y más numerosos. En este aspecto la técnica crece y se perfecciona sin cesar; cosa que no sucede en otros aspectos de la cultura.

A pesar de incidir sobre los objetos materiales para el logro de su mayor utilidad, la cultura del hacer artesanal y técnico es espiritual, por el hábito que la engendra. Porque la artesanía y la técnica no consiste en hacer algo útil sino en crear en el espíritu el hábito para realizarlas de una manera permanente.

8. - La cultura del hacer artístico

En este mismo ámbito de la cultura del hacer se ubica en un grado superior el arte propiamente tal: la factura de una obra bella. Con este hábito, que lo enriquece, al hombre es capaz de embellecer las cosas materiales.

Pero el arte no es tanto producir una obra bella, como poseer la capacidad permanente, el hábito para lograrlas. Así el artista propiamente tal es quien posee el hábito de transformar las cosas materiales para hacerlas bellas. Es un hábito que no se agota en cada producción bella, sino que es una riqueza permanente del espíritu.

También aquí, donde el arte incide sobre la materia para hacerla bella, la cultura auténtica es espiritual, reside en el hábito del espíritu para producir obras bellas. Así poeta no es el que produce una vez un poema, sino quien es capaz de una manera permanente de producirlos.

El arte es más espiritual que la técnica; porque su actuación sobre la materia no es ya la utilidad sino la belleza, la cual, como tal,

aún en la materia, es aprehensible sólo por el espíritu, a través de los sentidos, especialmente de la vista y del oído.

Es verdad que la cultura del arte incluye también la técnica para su mayor perfección en su ejecución. Pero no debe confundirse el aspecto técnico con el artístico propiamente tal. Así una buena versificación ayuda a la expresión artística de un poema. Pero no debe confundirse con ésta, pues aquélla puede darse sin ésta; y ésta puede lograrse aún con una expresión verbal imperfecta.

Del segundo sector de la cultura, referente a la cultura del obrar nos referiremos en el capítulo siguiente al referirnos a la ley y virtudes morales, que constituyen la cultura moral.

De la justicia, que también pertenece a la cultura moral, nos ocuparemos especialmente al ocuparnos más adelante del derecho, que es su objeto formal constitutivo.

9. - La cultura del contemplar

Finalmente hay una cultura o humanización del contemplar, de la actividad investigadora de la verdad de la inteligencia. El entendimiento está hecho para la verdad como su bien propio. Pero desgraciadamente puede desviarse por el sendero del error. Para mantenerse en el camino recto de la verdad sin claudicaciones, es menester enriquecer la inteligencia con los hábitos o virtudes intelectivas de la ciencia y de la sabiduría. La primera ordena la inteligencia a descubrir las causas inmediatas de una verdad, a descubrir su porqué inmediato; la segunda se ordena a buscar y señalar las causas últimas o supremas de las mismas, es la filosofía y sobre todo la metafísica.

A estas virtudes propias del raciocinio de la inteligencia en busca de la verdad mediata o suprema, hay que añadir la virtud intelectual del arte —técnica y arte— y la de la prudencia; la cual es una virtud moral, pero que actúa desde la inteligencia para aplicar los principios morales en cada situación determinada de las virtudes morales, para ajustar a éstas así al acto bueno concreto.

A diferencia de las morales, que capacitan e inclinan la voluntad para el bien moral, las virtudes intelectuales únicamente ordenan habitualmente la inteligencia para indagar y aprehender la verdad, sin inclinarla a hacerlo: dan capacidad pero no inclinación. Así el sabio está dotado de capacidad para descubrir las causas inmediatas o supremas de la verdad; pero la ciencia y la sabiduría o filosofía no la ordenan a realizar este trabajo. Para ello es menester robustecer las virtudes intelectuales con las morales, en este caso con la fortaleza, que le de fuerza y constancia para el trabajo intelectual.

10. - Orden jerárquico de la cultura

Digamos, finalmente, que para lograr un verdadero cultivo o cultura del espíritu es menester que estos tres niveles de la misma: el del hacer, el del obrar y el del contemplar se realicen de un modo jerárquico: la cultura del hacer —técnica y arte— debe subordinarse a la cultura del obrar, al orden moral o humano. Así una obra de arte por hermosa que sea no puede realizarse ni exhibirse, si provoca las bajas pasiones y conduce al mal moral.

Finalmente la cultura moral está subordinada a la cultura del contemplar.

Es verdad que en la vida cotidiana y terrena, más vale ser bueno que sabio, es decir, vale más la cultura moral que la cultura intelectual. Más vale sentir la contrición, que saberla definir, como dice Kempis.

Pero hay más, aún en este mundo, cuando el alma está moralmente ordenada por la cultura, es la que conduce, en última instancia a la aprehensión y visión del Bien supremo divino y consiguiente felicidad del hombre. La beatitud o consecución del Bien supremo del hombre, se logra por la cultura final de la inteligencia, por la visión de Dios.

Pero hay más, aún en este mundo, cuando el alma está moralmente fincada en el bien, ella se ordena a la contemplación del Bien. Los místicos, por la fe y la caridad y con el don del Espíritu Santo de sabiduría, están habitualmente ordenados a la contemplación de Dios

De aquí que para que se logre plenamente la cultura no basta que cada sector se realice con independencia; es menester que se ordenen de un modo jerárquico del modo que hemos expuesto: que la cultura del hacer a la del obrar y la de éste a la del contemplar; porque sólo cuando se logra la plenitud de la actividad intelectual por la visión de Dios, se logra la cultura plena del hombre.

11. - La cultura y las culturas

En las páginas anteriores hemos procurado esclarecer el sentido y el ámbito de la cultura. Pero de hecho esta cultura se ha realizado en los distintos pueblos, con estilo y modalidades diferentes, incluso en la elección de los bienes o valores de la misma. Se trata de las naciones o grupos étnicos, en que los bienes o valores de la cultura se han encarnado de diversos modos, y en distinto orden jerárquico; porque en estas naciones o grupos étnicos se han subrayado unos valores más que otros y todos ellos con un estilo y matiz propio.

Así tenemos la cultura griega, la latina, la fenicia, la eslava, la serbia, la germana y muchas otras más. En América señalemos principalmente la azteca y la incaica. Lo importante es mantener esas culturas con sus valores propios o estilo propio de las mismas, que hacen a la idiosincracia de un pueblo.

Sin embargo, tales culturas muchas veces están mezcladas con desvalores, es decir, defiguradas con degradaciones ideológicas, morales o artísticas, que la afean y deforman. Por eso, cuando se dice que han de defender su cultura con sus valores, se entiende que previamente deben ser purificadas de sus desviaciones que la malogran y ser complementadas con los valores que le faltan.

De todos modos estas naciones o grupos étnicos con sus culturas propias —purificadas de sus desviaciones y complementadas en lo que les falta— tienen derecho a su conservación y desarrollo propio. Ellas muestran a la vez la riqueza del espíritu humano capaz de encarnar los valores o bienes propios de la cultura de diversas formas o estilos, como una riqueza de la misma.

De aquí que el Papa actual defienda siempre la cultura propia de cada nación y procura que la Iglesia encarne sus valores en dichas culturas, purificadas naturalmente de sus defectos.

Sin embargo, no todas las realizaciones de la cultura tienen el mismo valor. Depende de la elevación de los bienes o valores realizados y también de la elevación del estilo y medios con que ellos se han encarnado. Por eso, es un grave error oponerse a la cultura occidental grecolatina-cristiana, porque, se dice, que ella ha suplantado las culturas de los indígenas. Ha sido sin duda alguna una mejora innegable, que debe agradecerse y mantenerse. No creo que ningún mexicano, ni peruano, quiera perder la cultura actual cristiana-hispana por recobrar la azteca o la incaica. No se trata de negar que en estas culturas hubo valores, pero lo que no se puede defender es que eran superiores a las que trajo el Descubrimiento con la cultura cristiana, de Italia, España, Alemania y de otros países de Europa.

Lo importante es subrayar que en todas estas realizaciones concretas de la cultura estén presentes los valores o bienes perennes de la humanidad, que en todas las culturas se encarnen de un modo u otro penetrando en todas ellas para informarlas y animarlas con un verdadero humanismo.

(Continuará)